

Hilos ocultos de la historia

Bruno Remaury muestra, a través de varios momentos y con distintos personajes, una visión inquietante y abrumadora en 'El mundo horizontal'

LUIS M. ALONSO

El mundo horizontal, del antropólogo francés Bruno Remaury (Toulouse, 1961), uno de esos li-

bros que tanto abundan entre el ensayo y la ficción, se convierte, según avanza la lectura, en materia de sueños. El autor, que dirigió una colección focalizada en la mo-

da, se centra esta vez en varios personajes, reales o ficticios, asociados a tres años y otras tantas épocas: 1906, 1506 y 1946. No hay un orden cronológico que permita establecer paralelismos entre ellos, pero sí la visión mitológica del espacio que reemplazó a la percepción del tiempo.

El lector, como si se tratara de un trébol, tiene que ir deshojando el texto y dotándolo de su propia comprensión. Es sencillo pero a la vez complejo este ejercicio deductivo que propone Remaury. Apparentemente, se trata de extraer conclusiones sobre lo que tienen en común el descubrimiento de una cueva en los Pirineos, la pintura de Jackson Pollock y el desas-

tre minero de Courrières de principios del siglo XX. Algunas historias que versan alrededor de estos hechos tienen como protagonistas a personas que existieron realmente; otras, a seres ficticios o legendarios. Junto a Félix Régnault, Leonardo da Vinci y el fotógrafo August Sander, nos encontramos con un conductor de autobús Greyhound tras la Segunda Guerra Mundial, con una emigrante que llegó a Estados Unidos en la década de 1910 y con Noé, Isaac y Daniel, tres figuras de la Biblia de enorme poder simbólico.

Remaury insiste en que el mundo horizontal está hecho de caminos y encrucijadas, y que cada vez que imaginamos en él una

progresión lineal es mediante aparentes desvíos. Dichas así, a simple vista, las palabras pueden parecer abstractas, pero es en el propio contexto de las historias donde alcanzan su concreción.

Todo comienza en la cueva de Gargas cuando el prehistoriador y antropólogo Régnault descubre manos aisladas, agrupadas en las paredes o desplegadas como una bandada de pájaros, que le hacen comprender que el hombre antiguo no se contentaba con arrastrarse y estar constantemente en el suelo, sino que alzaba su mirada hacia la bóveda para marcar la dirección, que no es otra que la de la inefable trascendencia: la autoridad de los astros, los antepa-

La independencia de un icono

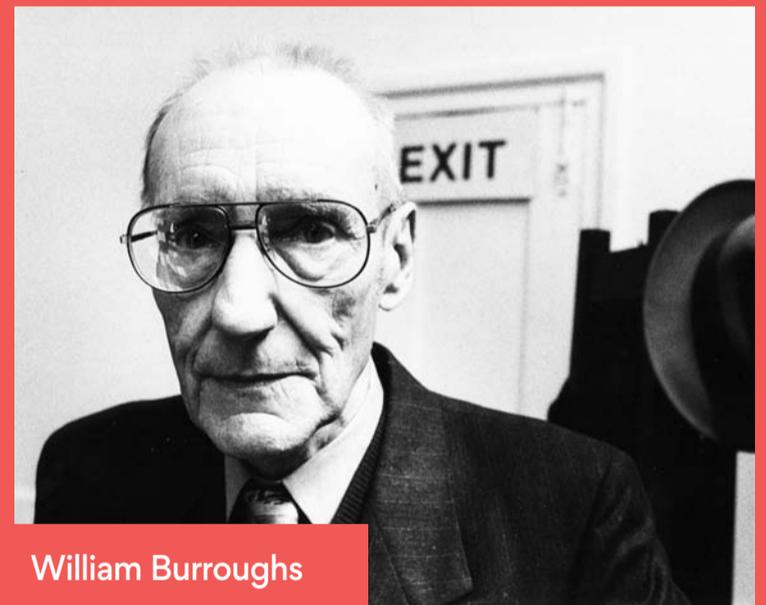
'Puerto de los Santos', novela de William Burroughs, es más que sexo, droga, rock y revolución planetaria

SILVERIO SÁNCHEZ
CORREDERA

Leer, escribir, vivir son tareas ásperas al agrupamiento, cuando no maneras de comunicarse al ralentí

y, por lo tanto, también de estar solo. En una disciplina en la que hasta los que la usan con cargo a terceros son incapaces de hacer legión sin sacarse el rípiio de los ojos poco se puede esperar más allá de aquello

de las afinidades electivas. El tinglado, ya sea el boom latinoamericano o cualquier otro reduccionismo, se desmorona. Y más bajo el cuento mendaz de las generaciones. Incluso cuando estas hacen coincidir sus méritos y su popularidad en la aleación de conceptos y actitudes que sirven de excusa a los editores. Sabemos, por ejemplo, que los miembros de la generación beat se drogaban, practicaban el amor libre y flotaban por el éter como amapolas. También que supusieron una influencia capital para el nacimiento de la contracultura de los 60 y que, por tanto, no tardaron en ser pasto del cinismo, del cliché y de la propia parodia. Por más que se obstinen en leyendas,



William Burroughs

Geopolítica y egos

En 'El camino hacia la no libertad', Timothy Snyder bucea en los últimos años de la historia europea y encuentra a Rusia y EEUU, juntos, pugnando contra ella

SILVERIO SÁNCHEZ
CORREDERA

Timothy Snyder (Dayton, Ohio, 1969) escribe *El camino hacia la no libertad*, un tratado sobre geopolítica

histórica, pero en realidad puede leerse como una novela, casi de ciencia ficción. ¿Por qué? Porque hay dos personajes, dos egos absolutos, que desde su personalidad y sus intereses personales modelan los des-

tinios del mundo: Vladimir Putin y Donald Trump. Y aunque escrito hace unos años, se tiene la impresión de que habla del presente o, cuando menos, que lo estaba anunciando.

El escenario se eleva entre 2010 y 2017 y desde ahí varias líneas de fuerza recorren el siglo XX e incluso retroceden al inicio de la Edad Contemporánea. El centro de gravedad se sitúa en la guerra de Ucrania en 2014, con la anexión de Crimea y el control del Dombás.

¿Qué tienen que ver dos personajes tan antagónicos, mortalmente enfrentados? El nuevo y despiadado sheriff mundial y el genocida zar de todas las Rusias comparten un mismo poder político desbocado: el acceso a la jefatura del Estado

rompió en ambos casos con los engranajes democráticos, el líder de la cleptocracia rusa (así califica Snyder el régimen ruso) por su control absoluto de los resortes plebiscitarios, y el populista americano, porque todos los medios quedan justificados por sus fines personales. ¿En una democracia tan reputada? En una democracia como el imperio armamentístico mundial basta con que coincidan los negocios propios con el interés de los negocios de tu gran nación. El historiador mantiene la tesis de que la «guerra de información» la está ganando Putin, no solo en su tablero euroasiático, sino también en EEUU, por el control cibernético en la difusión de hechos ficticios y por la negación de evidencias

—por distorsión o por el descarado repiqueo de mantras tóxicos—.

En 2016, Trump aseguró: «Putin no va a entrar en Ucrania, pueden estar seguros». Desde 2014 ya había invadido Crimea y echado los tentáculos en el Dombás. Se trataba de defender la «inocencia rusa».

¿Cómo se cocina todo esto? Ambos magnates habían puesto a trabajar a sus respectivos equipos negociadores, y de este modo Trump se libró de la ruina empresarial que le amenazaba y Putin pudo retorcer cómodamente las elecciones americanas. Sin el ruso, el estadounidense no habría ganado, afirma Snyder.

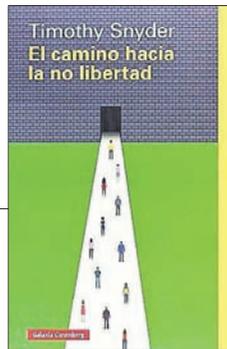
Más que un serio estudio histórico, parecerían puros posicionamientos ideológicos. Sin embargo,



Puerto de los Santos

William S. Burroughs

Traducción de
Javier Calvo Perales
Aristas Martínez Ediciones
256 páginas. 21,90 euros



El camino hacia la no libertad

Timothy Snyder

Traducción de
María Luisa Rodríguez Tapia
Galaxia Gutenberg
368 páginas. 24,90 euros

sados y las deidades. La cueva, la caverna, la mina, son, junto con el bosque, los espacios en los que los humanos encuentran la magnitud y a la vez el miedo.

Remaury escribe que en la caverna es donde nace lo sagrado. Mientras que el bosque es el espacio del ogro, justamente el del terror que jamás abandona al hombre: el de los supervivientes de Courrières, que se desplazan con las manos extendidas para hallar el camino; el de la propia pintura de Da Vinci traída por el temor, cuando no el pánico, al diluvio, y que surge precisamente a raíz de las inundaciones del Po. También es el miedo traducido en obsesión de los EEUU hacia «los rojos»,



después de haber hecho explotar la bomba atómica, y de las guerras que en la humanidad sobrevienen siempre o se desencadenan por pavor hacia el otro contendiente.

El libro rezuma melancolía por el modo en que la modernidad ha cambiado los marcos del pensamiento sobre lo que nos rodea y por aquello desconocido, que lleva a preguntarse qué tenemos ante nuestros ojos. El autor yuxtapone a los pintores y las grandes carreteras estadounidenses un descubrimiento arqueológico y el desastre minero de Courrières, para describir una nueva era histórica donde el mito da paso a la razón fría y contable. Ciertos pasajes de la lectura muestran de manera

muy directa esa preocupación sobre el tiempo, la muerte, la alteridad o los animales en la prehistoria. Según Remaury, contamos con respuestas racionales pero también con un legado del conocimiento que significa que no estamos simplemente en una sociedad científica rígida y estandarizada.

Es precisamente ahí donde quiere llegar el antropólogo en su búsqueda de lo desconocido: una visión del mundo que considera de una inmensidad inquietante y abrumadora. Para Remaury no cabe solo preguntarse qué veo, sino ¿cómo entiendo lo que veo? Por eso se ocupa de tejer los hilos invisibles de la intrahistoria en un libro tan interesante como inteligente.

pocas etiquetas han envejecido tan mal como la de los *beatniks*, con la excepción quizá de esa verbena de peluquería para futuros ministros y juventudes salesianas a la que llamaron Movida madrileña.

De ahí que, pese a todas sus ridiculeces y excesos, resulte a veces tan saludable la posmodernidad y que sea una editorial heterodoxa de Badajoz (Aristas Martínez) la que nos recuerde lo que en el fondo todos sospechamos: que la generación *beat*, más allá de la anécdota, tenía fecha de caducidad y que lo único que queda en pie son sus grandes autores. Cada uno con su contorno individual y diferenciado, terreno en el que siempre destacó, incluso frente al propio espejo, el

incorregible William Burroughs (San Luis, 1914 - Lawrence, 1997), del que ahora se publica en España un nuevo y sorprendente inédito: *Puerto de los Santos*. Novela poco conocida hasta para el público anglosajón y que viene por muchas y variadas razones a coser el membrete de hallazgo en la solapa del sello extremeño. Especialmente, por lo inesperado y por el valor del título en la destartada y mutante obra de Burroughs, en la que funciona como una suerte de epítome de todos sus engendros; de los más afortunados a los más lisérgicos.

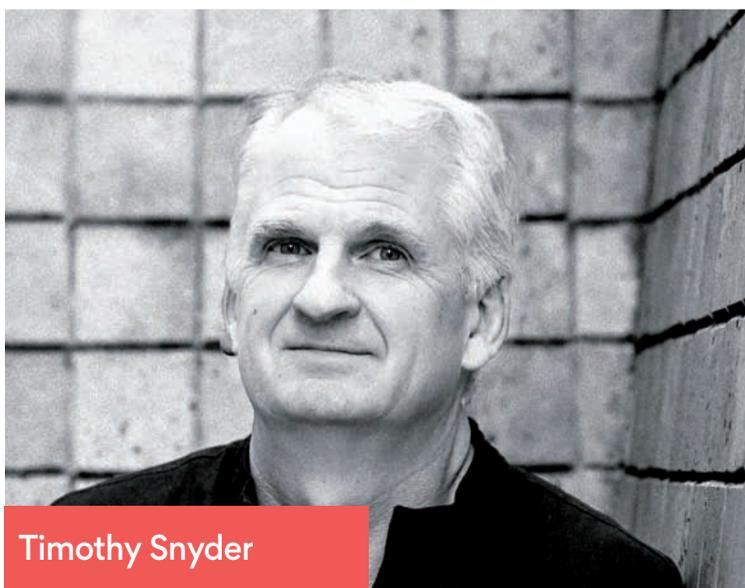
Escrita en los 70, *Puerto de los Santos*, que en su versión en español cuenta con el epílogo de Jon Updike, continúa con la revolución

de los Chicos Salvajes y su especie de guerra de las galaxias nihilista y pansexual contra el imperio. Una imagen cien por cien Burroughs y de su canto a la libertad y la juventud, que en este título adquiere un punto de coacción que es en sí mismo el cruce de caminos de la evolución de la literatura del autor en esa época, con margen para su insurrección narrativa –el famoso *cut-up*– y para una ferocidad creativa que en esta novela sabe mezclar la experimentación con lo canónicamente legible, ofreciendo un puzzle de curiosísimo ensamblaje en el que cada pieza encaja casi por ensalmo en la anterior y a la vez insinúa un nuevo e impredecible itinerario. Y no precisamente de forma

ingenua, sino correspondiendo al programa de destrucción hipercreativa que distinguió la carrera de Burroughs. Un programa capaz de integrar en un mismo texto la pirotecnia formal, los usos del tebeo y de la pornografía, la fábula política asilvestrada y hasta la autobiografía y la ciencia ficción. Y que concentra, en su insobornable rebeldía, muchas de las huellas de esa cruzada contra la convención y el abismo y la atracción de la muerte que tanto entusiasmaría a seguidores del autor como Kurt Cobain.

Ingenua, despiadada, embrionaria y alucinada, así era la lucidez de Burroughs y así es la luz violenta y eternamente joven que alimenta a esta novela. Un autor mu-

cho menos naíf de lo que se podría desprender de su propensión a las gamberradas. Y también filosóficamente más sutil y complejo. Que las guías turísticas, los atajos del rock y los afiches de la extraordinaria librería City Lights se queden con la campaña y la pantomima *beatnik*. Lo que está detrás, más allá del candor y de la energía del contexto, permanece. Quizá no sea otra cosa que los aullidos que sobreviven a las flores en el pelo, la tensión mal hilvanada de los nombres propios y el coloccón fluorescente. El aullido, personal e inmovible, de Ginsberg, Corso, Ferlinghetti, Kerouac. De este nuevo, viejo, entrañable y puede que hasta necesario Burroughs.



las principales tesis quedan avaladas en las 73 páginas de notas, donde se aportan fuentes y pruebas. Y el argumento principal se estructura geopolíticamente y en la perspectiva de una determinada filosofía de la historia. A EEUU le interesa que Rusia se afiance y que frene, de este modo, a China. Y a Rusia le interesa que EEUU sea gobernada por Trump. El objetivo común en el que coinciden es jubilar de la historia a Europa. Sin principio de sucesividad legítima en la Federación de Rusia, la legitimidad interior puede conseguirse de manera indirecta: desestabilizando la democracia en Europa y su misma frágil unión. Demostrando que la democracia es un error. Además, los estándares de los

derechos humanos son estúpidos obstáculos para ambos. Engranados los intereses geopolíticos comunes, engrasar el funcionamiento de la maquinaria de las nuevas tiranías viene dado por una ideología muy próxima y hasta común. El profesor de Yale lo denomina esquizofascismo: los verdaderos fascistas llamándose a sus adversarios. ¿Por qué toda la ultraderecha internacional, a pesar de las diferencias entre ellos en función de sus respectivos nacionalismos, se alinea cómodamente ya con Trump ya con Putin?

Y el historiador aporta una prueba de largo trasfondo temporal. Trump, con su *America first*, apela a una consigna supremacista de principios del siglo XX. Y Putin busca

prestigiar sus decisiones en una filosofía política determinada, la representada en el Club de Izborsk, en el eurasiatismo de Lev Gumiliov (de Lisboa a Vladivostok bajo el Imperio ruso) y en el nazismo euroasiático de Alexander Dugin. ¿Con qué presupuestos filosóficos? Los del filósofo ruso de principios del siglo XX Iván Ilyin, que promovió, para la Rusia zarista y contra la revolución de los soviets, un totalitarismo basado en principios cristianoortodoxos.

Al lado de los objetivos nacionalistas, oligárquicos y belicistas comunes, el otro gran fin es destruir Europa: no solo los valores secularmente construidos que representa, también su intento de unión de naciones como nuevo modelo político.